

tes artistas Carlos Maratta y Mario de Fiori, otros muchos espejos y pantallas venecianas de gran mérito, elegantes trofeos de armas en estuco dorado, cuatro mesas de alabastro oriental de una riqueza inaudita, y veintiocho cuadros de buenos autores, forman los principales adornos de esta sala, que ostenta además cuatro magníficas columnas acanaladas de amarillo antiguo, sobre las cuales descansan los arcos de las extremidades de la Galería.

Entre los cuadros notables atrae poderosamente las miradas un Caravaggio, cuyo asunto es un *bebedor* teniendo la copa en la mano izquierda y un frasco en la derecha. Sentado se halla sobre tosca silla de pino, junto á una mesa cubierta con un mantel, sobre la cual están en perfecto relieve apetitosos manjares dignos de ser rociados en abundancia con exquisitos vinos. Como se puede observar, el asunto no llamaría la atención si obra fuese de un pintor vulgar; pero cuando un maestro de la fuerza del Caravaggio toma el pincel, los más triviales asuntos y las más vulgares figuras adquieren una singular importancia, nos imponen admiración y hasta nos sorprenden.

No se olvidaron de sí mismos los Colonna en la decoración de su palacio. Demás de los frescos que celebran su gloria en las paredes y en las bóvedas, la gran Galería está llena de retratos que representan miembros ilustres de la familia. Allí están Federico Colonna, virrey de Aragón, por Justo Suteriani; Carlos Colonna, duque de Marsi, pintado por Van Dyck, á caballo y con el uniforme de general de los ejércitos de Flandes. Allí se ven igualmente los retratos del Cardenal Pompeyo, de Esteban Colonna, de Marco Antonio, llamado el Vencedor, éste último pintado por Gaetano; de Victoria Colonna, la poetisa, por Muzziano, y el de Lucrecia Tomacelli Colonna, por Van Dyck.

Recientemente se ha enriquecido la colección del Palacio con un extenso departamento de pinturas modernas, de grabados, de cromos; entre cuyos objetos no escasean las obras de bello estilo y algunas de mérito artístico.

Comunicando con el palacio hay un hermoso jardín en

el cual tuvimos el gusto de pasearnos, recreando la vista con muchas de las producciones de nuestro suelo. Allí florece la rosa á la sombra de los laureles y de los cipreses de constante primavera. Allí nos fué mostrado un pino gigantesco que se asegura fué plantado en el siglo XIV, y á pesar de sus quinientos años se conserva erguido, lozano y en todo su verdor.

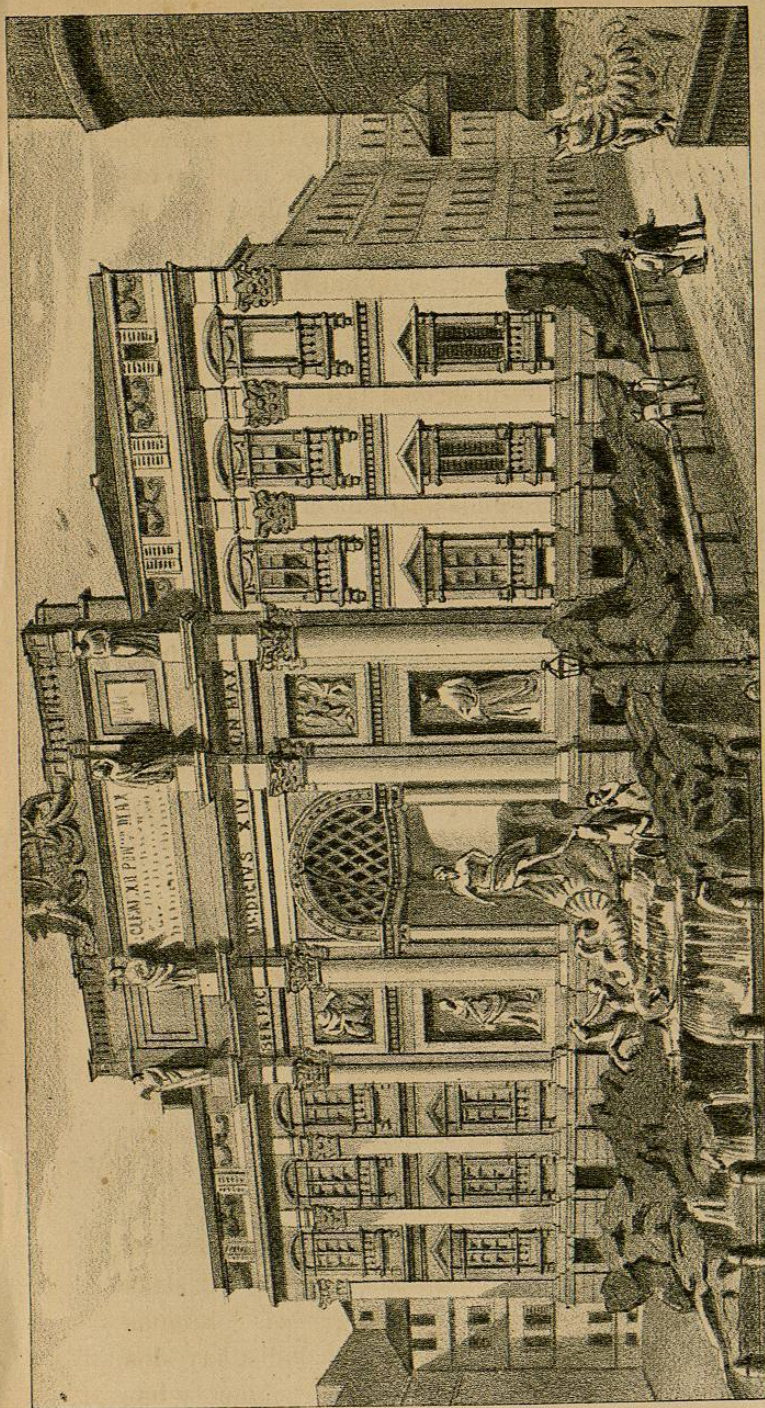
Roma, la ciudad de los grandes recuerdos históricos, es llamada generalmente la ciudad de las iglesias; nosotros la llamaríamos también la ciudad de las fuentes. Ya hemos dicho en el anterior capítulo que ella disfruta de las mejores aguas y no hay acaso otra ciudad en el mundo que las posea en mayor abundancia. Dijimos también que no hay ciudad que tenga monumentales fuentes de la importancia de las que se han construido en Roma. Describimos la del *Acqua Felice*, y acaso el lector no podría imaginarse que hubiese un monumento de esa clase de mayor magnificencia. Deberá quedarse pasmado cuando le digamos que hay otra fuente que sobrepasa con mucho en grandiosidad y en elegancia á la que allí dejamos descrita, y la excede muchísimo en la riqueza de ornamentación y en la fabulosa cantidad de sus aguas. Esa fuente es la de *Trevi*; conduce el agua que se llama *Vergine*; es á las otras de su género lo que San Pedro á las demás iglesias de Roma, y hace saltar una cantidad de agua que por sí sola bastaría para el consumo de la ciudad. No es fuente, es un inmenso edificio de sorprendente apariencia, que podría servir de fachada al palacio de un gran monarca; no es fuente, es una inmensa cascada que podría inundar en pocas horas todo el espacio de tierra que ocupa la Ciudad Eterna, si estuviera situada ésta en un plano horizontal. Si no hubiese en Roma otro edificio notable fuera de la fuente de Trevi, nos decía un amigo ilustrado que ha recorrido toda la Europa, debería emprenderse el viaje desde América, sólo por visitar este grandioso monumento. Grandioso es á la verdad en sus proporciones, en su ornamentación, y principalmente en su representación simbólica. Es el arco triunfal de extraordinaria magnificencia que abre paso al poderoso Océano, que cetro en mano y en soberbia cruzada de

nácar es conducido por dos arrogantes caballos apenas contenidos por colosales tritones, y va á dar un paseo por la ciudad inundándola con los torrentes que se desbordan de su maravilloso carro: el gran caudal de aguas, buscando su nivel, se extiende en risueños arroyos por las sinuosidades del terreno y descende en caprichosos saltos entre las quiebras de las rocas, produciendo un agradable estruendo que conmueve dulcemente el ánimo, haciendo brillar en los ojos de los circunstantes la más arrebatadora alegría.

Merece ser conocida la historia de esta agua y de esta fuente, sin hipérbole maravillosa.

El agua *Vergine* es la misma que Agripa, yerno de Augusto, hizo conducir á Roma treinta años antes de la Era cristiana, para surtir las termas que llevaban el nombre del emperador. Llamóse *Vergine*, que se traduce, Virgen, porque fué descubierta á unos soldados sedientos por una doncella joven. Nace á catorce millas de la ciudad y corre por un acueducto subterráneo que hicieron restaurar Claudio y Trajano, y reparó en el siglo XVI el Sumo Pontífice Paulo IV. Después de regar la magnífica Villa Borghèse, llega á la ciudad, abajo de la Trinidad del Monte, en donde se divide en dos brazos, uno que corre en dirección de la Vía *Condotti*, y otro que se extiende hasta la fuente de *Trevi*, que lleva este nombre, porque cuando Paulo IV la hizo construir, tenía tres bocas que se nombraban *Trivio*, de donde se deriva la denominación actual. El Papa Urbano VIII cambió el plan de la primitiva construcción, haciendo erigir una fachada muy sencilla. Clemente XII fué quien á mediados del siglo pasado le cambió la forma, dándole el aspecto de magnificencia que hoy tiene, decorándola más tarde con las estatuas de mármol que la enriquecen.

Nuestra lámina la representa en su estado actual. Sobre un sólido sub-basamento de granito se levanta la soberbia fachada de travertino, adornada en los lados con seis pilastras corintias y en el cuerpo central con cuatro gruesas columnas del mismo orden. Entre las pilastras de los lados hay dos órdenes de ventanas con muy elegantes decoraciones y ba-



LIT. C. MONTAURIOL MÉXICO.

FUENTE DE TREVI.

laustrados: en los intercolumnios del centro, grandes nichos de forma rectangular oblonga, ostentan bellas figuras de mujer, que simbolizan la Salubridad y la Abundancia, las dos principales circunstancias que reúne el agua *Vergine*. Arriba de estos nichos, dos magníficos bajo-relieves representan uno á Marcos Agripa ordenando la construcción del acueducto, y otro á la joven que descubrió el agua. En medio del cuerpo central, en un gran nicho suntuosamente decorado, se ve la colosal estatua del Océano que describimos arriba, de pie sobre un carro formado con grandes conchas, de donde se derrama el agua en fabulosa abundancia, y después de hacer varios saltos y caídas entre las rocas va á depositarse en una gran taza de mármol, de donde desaparece como por encanto por ocultos canales subterráneos. Sobre las columnas del cuerpo principal se destaca un elegante entablamento que sustenta un ático muy bello coronando el escudo de armas de Clemente XII: delante del ático y sobre pedestales que descansan en la cornisa, cuatro gigantescas estatuas de mármol simbolizan la abundancia de las flores, la fertilidad de los campos, las riquezas del otoño y las delicias de las praderas. . . .

Conocida es la historia del israelita M. de Ratisbona, cuya ruidosa conversión en 1842 fué atribuida á una aparición milagrosa de la Santísima Virgen. La imagen venerable en la cual se obró el prodigio, recibe culto especial en la iglesia de San Andrés *Delle Fratte* no distante del sitio en que se halla la fuente de Trevi. Entraremos á visitarla.

Los cetos ó vallados, en italiano *fratte*, que cercaban en un tiempo las viñas y jardines que cubrían los terrenos cercanos al sitio en que esta iglesia fué edificada, dieron origen al sobrenombre con el cual se distingue de otra iglesia de la misma advocación. Su arquitectura exterior es de buen estilo moderno, llamando la atención la cúpula, obra notable de Borromini, y el campanario, bizarra construcción del mismo arquitecto, que oscila visiblemente cuando suenan las campanas.

El interior de la iglesia es de cruz latina; las paredes y bóvedas están decoradas con frescos y estucos; y el pavimento cubierto con mármoles de colores. Entre las capillas de los

lados, la primera es la de San Francisco de Paula, y se distingue por su magnífica ornamentación de mármoles y bronce. En una de las capillas á la derecha venérase la imagen de la Santísima Virgen representada en el misterio de la Concepción; fué la misma que vió animada Ratisbona al obrarse su conversión al Catolicismo. La celebridad de esta imagen reconoce por origen no sólo éste sino muchos otros prodigios que refiere la tradición de los devotos. Es original del Caballero Carta. En el altar mayor el Santo titular es obra de Baldi; los dos ángeles de la balaustrada del presbiterio fueron ejecutados por el Bernini.

En esta iglesia hay varias tumbas de artistas célebres: nos detuvimos delante de la que encierra los restos de Angélica Kauffman, inspirada pintora alemana, y en la sacristía nos llamó la atención el sepulcro de Lorenzo, príncipe de Marruecos, nieto del soberano de aquel país, que habiendo abjurado el Islamismo fué bautizado en Roma en el año 1753 por el Papa Clemente XII.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

Los palacios de Roma.—El palacio Barberini.—El Colegio de *Propaganda Fides*.—La Plaza de España.—La Columna de la Purísima Concepción.—Santa Trinidad de los Montes.—La Academia de Francia.—El Paseo del Pincio.—La Villa Borghese.

LA mayor parte de las familias nobles de Roma que habitan en grandes palacios, cuentan entre sus miembros alguno ó algunos de los Sumos Pontífices que han reinado como soberanos en tiempos anteriores. Habiéndose distinguido el mayor número de estos soberanos por una protección decidida en favor de las bellas artes, no parece extraño que en los palacios que les pertenecieron ó fueron erigidos por sus deudos, se hayan coleccionado preciosos objetos, los cuales forman actualmente la principal riqueza de esas familias, que han constituido en una venerable vinculación esos tesoros de joyas artísticas que les fueron legados por sus mayores. Laudable costumbre esa de conservar en la familia sin enagenar los palacios en que vivieron nuestros padres de muchas generaciones atrás, los muebles que usaron, las obras de arte que formaban su encanto ó eran objeto de su estudio, las bibliotecas en que adquirieron la ciencia. A esta costumbre debe Roma la existencia de tantas casas seculares, admiración de los viajeros; de tantas galerías, escuela de los artistas; de tantas bibliotecas, fuente de saber para los eruditos. Día llegará, tal vez no muy distante, en que las teorías económicas modernas que han invadido el sagrado de la familia, llegarán á ponerse en práctica por la nobleza romana, y la codicia y